

¿ACABA LA HISTORIA EN EL POST- MODERNISMO? HACIA UNA TERAPIA FAMILIAR ULTRAMODERNA *

Juan Luis Linares, M.D., Ph.D. ¹

¹ Profesor Titular de Psiquiatría en la Universidad Autónoma de Barcelona. Director de la Unidad de Psicoterapia y de la Escuela de Terapia Familiar del Hospital de la Santa Creu i St. Pau de Barcelona. España.
C/ Padre Claret 167. 08025 – Barcelona. España
eterapia@hsp.santpau.es

* Este artículo es el desarrollo de una conferencia pronunciada el 4 de Noviembre del 2000 en el Simposio del Instituto de la Familia A.C. (IFAC) en Puebla, Mexico.

RESUMEN

Aunque el final de la Historia haya sido anunciado a menudo, el pensamiento humano sigue un proceso de continua renovación, incorporando siempre, en cada una de sus etapas, aspectos importantes de fases anteriores. Desde esta perspectiva, ni la terapia familiar en general ni las orientaciones post-modernas en particular han supuesto rupturas radicales con el pasado. Tampoco pueden pretender instalarse cómodamente en posiciones definitivas.

El giro subjetivista que introdujo el post-modernismo en el modelo sistémico lo ha enriquecido con importantes elementos teóricos y prácticos, como la crítica de la posición supuestamente objetiva del terapeuta, las preguntas circulares y reflexivas o las técnicas de externalización.

Este artículo plantea la conveniencia de reemprender la renovación de la terapia familiar sistémica abordando temas pendientes, como el papel del individuo en los sistemas relacionales, el lugar que ocupan las emociones o la construcción de una psicopatología relacional. Se propone la denominación de “terapia familiar ultra- moderna”, a la espera de una mejor.

Hace ya unos años que la comunidad intelectual experimentó un sobresalto no exento de irritación ante algunas formulaciones provocadoras vertidas por Fukuyama (1992), cuando el tambaleante comunismo cedía el paso en todos los frentes a un capitalismo victorioso y arrollador. En una obra de expresivo título, “El fin de la Historia y el último hombre”, afirmaba que los procesos históricos habían culminado entronizando un orden universal capitalista. Y no

se trata, por cierto, del único autor en haber tenido la osadía de decretar el final de la Historia.

De hecho, existe una tentación en el pensamiento occidental, y seguramente no solo en él, a situarse por encima del tiempo, como atestigua la pervivencia de los más variados milenarismos, religiosos y políticos. Podemos ver en ello una eficaz defensa contra la angustia ante los límites, la vulnerabilidad y hasta, digámoslo, la insignificancia del ser humano, pero nunca un estímulo para el desarrollo de la Ciencia o de la Filosofía.

La rara combinación de orgullo y de modestia que caracteriza al científico y al filósofo exige asumir su dimensión histórica, ubicando su obra en un continuum que hunde las raíces en el más remoto pasado y se proyecta, necesariamente, en un futuro incierto.

No hay lugar, pues, para el “ya llegué y aquí me quedo”, como carece de sentido pensar que un “cambio de paradigma” equivale a una revolución surgida de la nada y que no debe nada al pasado. Científicos y filósofos no pueden permitirse tamaña ingratitud, que es moneda corriente en políticos y religiosos.

REALISMO VERSUS SUBJETIVISMO

Una de las maneras posibles de entender la evolución del pensamiento humano en occidente es como una sucesión de etapas alternantes respecto a la capacidad para aprehender la realidad.

En Grecia, los presocráticos filósofos de la naturaleza miraban a su alrededor tratando de explicar lo que veían. Para Tales, todas las cosas derivaban del agua, mientras que Anaximandro afirmaba que el hombre, como los restantes animales, procedía de los peces. Anaxímenes consideraba al aire la sustancia fundamental. Se trata de hipótesis todas ellas compatibles con los puntos de vista del moderno pensamiento positivista.

En contraste, Heráclito creía en el cambio perpetuo: panta rei, todo fluye, no podemos bañarnos dos veces en el mismo río, el sol es nuevo cada día. Bajo estas afirmaciones la realidad se desvanece. Y no digamos con Parménides, quien, no creyendo en la posibilidad del cambio, desconfiaba de la realidad aún más que Heráclito, puesto que consideraba a los sentidos como propiciadores de engaño y de ilusión. Para él, en cierto modo, eran las palabras las que determinaban la realidad, aunque, desde luego, engañosa.

Pero con Demócrito regresa el realismo. Para él todo está compuesto de átomos indivisibles, que se mueven al azar como en la moderna teoría cinética de los gases. En su mirada exploratoria late una inspiración causalista: la “pregunta mecánica” que, para Russell (1946), conduce al conocimiento científico. Y, por cierto que el autor de los “Principia Matemática”, que tanto deslumbró a Bateson, se lamenta de que, a partir de Demócrito y hasta el Renacimiento, los filósofos sustituyan la “pregunta mecánica” por la “pregunta teleológica”, el “por qué” por el “para qué”.

Sin embargo, no tiene sentido lamentarse si se considera que los filósofos, después de interesarse por lo que ocurría a su alrededor, estaban obligados a hacerlo por lo que pasaba dentro de ellos. Y, en efecto, el cambio responde a un giro en el objeto de reflexión de la filosofía que, desde Protágoras y los demás sofistas, con Sócrates incluido, hasta, el renacimiento, abandona a la naturaleza para ocuparse preferentemente del hombre. Parece como si el subjetivismo, tras el breve ensayo que supusieron Heráclito y Parménides, emprendiera un largo vuelo, apenas interrumpido durante dieciocho siglos, para acabar su singladura ante los embates de Copernico y Galileo.

En tan largo período de apogeo, la filosofía subjetivista acumuló un inmenso patrimonio imposible de resumir aquí: esplendores y miserias que incluyen grandes construcciones ontológicas y éticas y vulgares trucos escolásticos. En cualquier caso, un bagage impresionante que debería calmar las inquietudes de los actuales subjetivistas garantizando la presencia de sus

sensibilidades en la historia de la humanidad. Y, más aún, porque la evolución continuó, con alternancias realistas y subjetivistas, contándose entre éstas nada menos que la obra de Kant o la de Hegel. Hasta que, por fin, como reacción al modernismo positivista, perdidamente enamorado de la realidad, llegó el post-modernismo.

El viaje fue largo y prolijo, y de altísimo interés para los psicoterapeutas, que deberían apresurarse a aprender filosofía. No sólo es divertido y enriquecedor desde el punto de vista de la formación teórica, sino que también puede constituir una protección contra la amenaza que lanza Marinoff (2000) en su best seller "Plato, not Prozac": que los filósofos acaben suplantando a los terapeutas. Y lo sorprendente del caso es que esa última etapa aludida, el relevo del modernismo por el post-modernismo, ha resultado laboriosa e imprecisa, puesto que se ha venido realizando durante todo el siglo xx.

EL POST – MODERNISMO EN PSICOTERAPIA

Un proceso tan lento no ha estado exento de contradicciones. Por ejemplo: el impacto post-moderno en las ciencias de la naturaleza se produce muy pronto, a principios de siglo, y ahí están las teorías cuántica y relativista para demostrarlo, mientras que las ciencias humanas y, en particular, la psicología, se resisten durante unas cuantas décadas.

¿No es paradójico? Los físicos aceptaban la incertidumbre mientras que los psiquiatras y los psicoanalistas continuaban apostando por un futuro en el que la neurología resolvería los enigmas de la mente. Hubo que esperar a Lacan (1953) y a su decidida reivindicación del lenguaje como creador de realidades, para que el psicoanálisis se acompasara a tiempos post-modernos. Y hubo que esperar a que el cognitivismo desplazara al conductismo, relegándolo al baúl de los recuerdos positivistas, para que,

incluso en las grandes praderas de la psicología experimental, se empezara a respirar un cierto constructivismo... post-moderno. Kelly (1955), Bandura (1977) y Beck (1967), por citar sólo a algunos, fueron responsables de esa transformación, partiendo de posiciones y propuestas diversas que han confluido en el cognitivismo actual, tan cercano a algunos planteamientos sistémicos.

Por esos mismos años comenzaba también su andadura la terapia familiar. Y, por cierto que lo hacía de la mano del comunicacionalismo de Palo Alto que, bajo su apariencia pragmática, no ocultaba su profunda filiación subjetivista.

Focalizar la comunicación humana, partiendo de la base de considerarla inevitable; entender que la relación, en toda comunicación, se sitúa en un nivel "meta" respecto del contenido; distinguir un lenguaje digital, al servicio del contenido, de un lenguaje analógico, al servicio de la relación; enfatizar la importancia decisiva de la puntuación en cualquier secuencia comunicacional, hasta el punto de permitir interpretaciones diversas, igualmente legítimas, de la misma; considerar que es el patrón de relación, simétrico o complementario, el que determina al sujeto, y no al revés...

Cualquier estudiante identificaría en estos principios los axiomas de la comunicación humana, de Watzlawick (1967) y el equipo de Palo Alto. Pero, además, podrían ser entendidos sin gran esfuerzo como un auténtico manifiesto post-moderno, presente en los orígenes comunicacionalistas del modelo sistémico antes de que se acuñara siquiera este término y mucho, mucho antes de que Kenney (1982) y Dell (1982) polemizaran con los paloaltinos descalificándolos gentilmente como "pragmáticos". ¿O es que el pragmatismo está reñido con el post-modernismo? Si la obra de Watzlawick en su conjunto responde a gritos que no, la evidencia es aún mayor en uno de sus libros más citados: ¿Es real la realidad? How Real is Real? Si alguien

quiere declararse post-moderno con un mínimo de credibilidad debe decir ese tipo de cosas.

Después, y permitaseme la irreverente paráfrasis, “la carne se hizo verbo y habitó entre nosotros”. Todos nos convertimos al constructivismo durante los años ochenta y al socio-construccionismo durante los noventa, haciendo del becerro de oro post-moderno un ídolo del pensamiento políticamente correcto. Las prácticas improvisacionales y conversacionales se adueñaron de la terapia familiar, desdeñando por pragmáticos o por instructivos a aquellos mismos que, años atrás, habían desdeñado a Virginia Satir por emotiva. Todo estaba en el lenguaje y nada más que en el lenguaje. Tan sólo las palabras, oh portentoso descubrimiento de Parménides, podían crear pseudo-realidades. Pero hete aquí que la política llamaba insistentemente a la puerta de la terapia familiar. Ante problemáticas de abuso y de maltrato que cuestionaban las relaciones de poder entre los géneros y entre las generaciones, era difícil mantener la ingenua neutralidad del constructivismo, que parecía suponer al alcance de todo el mundo la misma capacidad de crear realidades.

El construccionismo social recuperó a Foucault (1966), treinta años después de que apareciera su obra, para apoyar una conversión del lenguaje en discurso. La palabra incorporó, así, las relaciones de poder y la conversación devino narrativa.

Decir que “todos nos convertimos” al constructivismo y al construccionismo social es, en realidad una exageración. La conversión masiva fue un fenómeno básicamente americano que, en Europa, sólo afectó al centro-norte anglo-germánico-escandinavo y a algunas pequeñas ínsulas latinas: el grupo milanés de Boscolo y Cecchin, como ejemplo más representativo. Incluso en Estados Unidos hubo algunos casos de resistencia entre figuras históricas de la terapia familiar, como Haley y Minuchin. De hecho, la terapia estructural, incorporada al espacio común del modelo sistémico, nunca tuvo

el sello post-moderno que caracterizó desde sus orígenes al comunicacionalismo, habiendo representado, en cambio, la presencia histórica de un núcleo de estirpe realista en el campo de la terapia familiar. Otra figura mítica, Selvini, tras haber ampliado como nadie los límites de la terapia familiar explorando a fondo sus territorios más emblemáticos, se distanció críticamente del rumbo post-moderno de los últimos años aproximándose a los otros grandes modelos psicoterapéuticos y, en particular, al psicoanálisis de Bowlby y al cognitivismo de Guidano y Liotti.

UN NECESARIO BALANCE

Definir detalladamente el post-modernismo escapa a las posibilidades de estas páginas, pero incluso una aproximación ligera exige hacer referencia a los distintos campos de la actividad humana. En las ciencias de la naturaleza probablemente baste con la aceptación de la incertidumbre para merecer el calificativo de post-moderno. En el arte, la definición pasa por un cierto manierismo ecléctico, superador del funcionalismo moderno. Y en las ciencias humanas, y en concreto en la psicoterapia, puede que el núcleo definitorio sea la reflexividad, la inclusión del observador en el sistema, que deviene auto-observante, y el correspondiente paso de una realidad que puede ser descubierta y conocida a una realidad que se construye y se impone o se consensua.

El principal inconveniente de la extensión uniformizadora del post-modernismo en el campo sistémico, arropado en la histórica auto-complacencia de los terapeutas familiares en el “new way of thinking” (“save the planet”, le llama Johnson; 2001), ha sido la desconexión con los otros modelos terapéuticos y la pérdida de influencia en territorios antaño prometedores como las psicosis. Un abordaje psicoterapéutico a la

esquizofrenia y a los otros trastornos mentales severos debería incorporar las bases biológicas y la farmacoterapia, pero sin renunciar al desarrollo de unos recursos teóricos y prácticos que la terapia familiar sistémica posee en abundancia. No podemos considerarnos, los sistémicos, unos revolucionarios brillantes cuando la revolución que preconizamos lleva cincuenta años de permanente aplazamiento.

Aunque quizás no todo fluya en el sentido de Heráclito, las cosas se mueven. Desde hace algún tiempo se vienen detectando, por todo el ancho mundo de la terapia familiar, manifestaciones de incomodidad ante la muy extendida presencia del manto ideológico post-moderno. Y es lógico que así sea porque los dos movimientos del pensamiento humano, el realista y el subjetivista, no pueden concederse mutua tregua ni, mucho menos, cederse indefinidamente territorios científicos y filosóficos de alguna relevancia.

Quizás empiece a ser, pues, el momento de hacer balance de resultados de una etapa y de atisbar lo que se anuncia como posible contenido de la que, inevitablemente, la habrá de suceder.

¿Cuáles podrían ser los principales aportes del post-modernismo a la terapia familiar, aquellos que, con toda probabilidad, las orientaciones que le sigan deberán reinterpretar pero no podrán ignorar?.

El primero a destacar es el cuestionamiento del objetivismo ingenuo, de la posición de experto sin fisuras que la cibernética de segundo orden ha convertido en imposible. El experto psicoterapeuta no puede desplegar las mismas actitudes básicas ante el mundo de las relaciones entre sujetos que ante el mundo de las cosas. El segundo es el escenario de la acción instrumental, mientras que el primero contempla la acción interpersonal, estratégica o comunicativa. Habermas (1981) dixit.

Se deriva de ello otro punto de interés, que es la legitimación de diferentes abordajes terapéuticos a una misma realidad psico-relacional. La complejidad hace imposible el dogmatismo; o, mejor dicho, el dogmatismo

surge de la ignorancia de la complejidad. En este terreno habrá que ser, probablemente, más post-moderno que los post-modernos, quienes a menudo olvidan tan sano precepto para dictar lo que es y lo que no es correcto en terapia.

También permanecerá, con presencia en imparable incremento, la importancia de la diversidad frente a la homogeneidad. El lado amable de la globalización será esta creciente dificultad para las purezas, por mucho que los limpiadores étnicos y toda la ralea de simplificadores más o menos brutales se empeñen en lo contrario. En un mundo cada vez más mestizo, barroco y variopinto, la terapia familiar deberá adaptarse siempre más a las diferencias de género, de cultura, de generación, de clase social, etc. A las diferencias, pero también a las mezclas, a las combinaciones de ingredientes heterogéneos, a las ecuaciones complejas.

Por último, y no por paradójico menos importante, la terapia familiar deberá conservar algunas preciosas aportaciones técnicas del post-modernismo.

Valgan como ejemplo las preguntas circulares que, descritas inicialmente por Selvini (1980) y su equipo milanés antes de su división y del giro constructivista de Boscolo y Cecchin, fueron luego desarrolladas exhaustivamente por éstos y por otros autores como Tomm (1987). Se trata de un precioso recurso técnico que se adapta muy bien a la naturaleza circular de la relación y que puede enriquecer, añadiéndose a otras modalidades comunicacionales, la conversación terapéutica.

Si las preguntas circulares constituyen un interesante aporte técnico constructivista, la externalización es otro recurso procedente del socio-construccionismo. Acostumbrados a pedir a los pacientes la internalización de conflictos y dificultades, los terapeutas no habían reparado en que, a menudo, el movimiento de signo contrario podía resultar una muy útil maniobra. White (1989) inventó la manera de que los pacientes pusieran fuera sus problemas, estimulándolos así a luchar mejor contra ellos. Un

terapeuta relacional, consciente de que las narrativas de los pacientes están parasitadas por poderosos relatos ajenos y de que, a su vez, también ellos pueden parasitar con sus relatos las narrativas de otros, enriquecerá notablemente su práctica si aprende a trabajar con la internalización y con la externalización, configurando entre ambas uno de los ejes por los que puede discurrir la danza terapéutica.

¿Y cuáles podrán ser los aportes que cabrá esperar de una futura etapa de la terapia familiar, dialecticamente superadora del post- modernismo?.

INDIVIDUO Y FAMILIA

Antes que nada, la integración del individuo en el modelo sistémico es un tema no resuelto, que seguirá pendiente en tanto no se ponga a punto una teoría relacional del self. Los alegatos de Gergen (1991) negando la existencia del yo en pro de un difuso equivalente social no son, en absoluto, suficientes.

Desde luego un self relacional no puede ser entendido como una instancia maciza e inamovible dotada de cualidades per se, sino como un reflejo individual de un entorno sistémico que no cesa de producir historias concatenadas desde el nacimiento hasta la muerte.

El concepto de narrativa resulta útil para aludir a este conjunto de historias en las que el individuo se describe a sí mismo y describe cuanto le acaece, dotándolas de una coherencia que es, a la vez, cultural y personal. Pero la narrativa se convertiría en una noción dormitiva, buena para justificar cualquier argumento, si careciera de estructura, es decir, si las historias se disolvieran en su seno despojadas de una cierta jerarquía. La experiencia, en su infinita complejidad, confiere sentido a la narrativa individual, y el eje en torno al cual se articula dicho sentido es la nutrición relacional, algo así como la historia de amor vivida. Maturana (1996) dice que somos animales

amorosos y que la interferencia del amor nos hace enfermar. Nosotros podríamos añadir que nuestra historia de amor encamina nuestra narrativa por derroteros sanos o enfermos. Y lo hace, además de otros mecanismos posibles, generando una determinada identidad.

¿Por qué hay situaciones que cambian fácilmente y otras que no? ¿Cómo entender los diversos grados de gravedad y la tendencia a la cronificación de algunos trastornos mentales? La resistencia al cambio no puede ser explicada sólo por la impericia de los terapeutas, como tantas veces han afirmado algunas de las más prestigiosas voces sistémicas. Habrá sin duda factores biológicos que influyan, sobre todo en la psicosis y otros trastornos severos, pero no existe evidencia de que su influencia sea exclusiva. La complejidad obliga a considerar, también, aspectos relacionales, y aquí es donde la identidad puede convertirse en una referencia útil: una identidad que no es un bien absoluto, sino una infraestructura necesaria construida con elementos como el reconocimiento, la valoración y el cariño, que son ingredientes del amor. Un exceso de identidad puede resultar una pesada carga y un serio obstáculo para el cambio.

La identidad puede ser entendida como aquella parte de la narrativa en la cual un sujeto se reconoce a sí mismo, hasta el punto de aceptar difícilmente cualquier negociación al respecto. En la relación entre la identidad y el conjunto de la narrativa, de la que aquélla forma parte, se juega la salud mental desde esta perspectiva individual. Una identidad equilibrada, ni raquítica ni hipertrófica, que sirva de anclaje a constructos narrativos variados y flexibles, es la mejor garantía contra la psicopatología. Y ese equilibrio sólo puede sustentarse en una rica historia de amor, es decir, en una nutrición relacional securizante, reconocedora y valorizadora, llena de ternura y vehiculizadora de una sociabilidad adecuada.

El concepto de narrativa es, pues, útil para vincular al self con el mundo relacional, pero se beneficia de su articulación con el concepto de identidad, que emana de ella hasta diferenciársele sustancialmente.

Por otra parte, si las familias son sistemas compuestos de individuos, dotados de narrativa y de identidad (Linares, 1996), ¿cómo pueden engarzarse tales atributos individuales en un nivel lógico diferente, cual es el familiar?.

No existe lugar para el dogmatismo frente a un problema como éste, presidido por la incertidumbre. No sólo cada autor, sino cada terapeuta, está legitimado para desarrollar su propia teoría y, de hecho, lo hace. Desde la perspectiva que se intenta exponer aquí, las narrativas individuales de los miembros de una familia (o de cualquier otro sistema relacional: el discurso vale también para los socios de un club de fútbol) convergen en un espacio común, que es la mitología familiar. Se trata de un espacio poblado de historias consensuadas, los mitos, donde, a diferencia de lo que ocurre con las narrativas, la identidad encaja con dificultad. No tiene, pues, sentido hablar de identidad familiar, como no lo tiene representar a la familia como un organismo capaz de pensar, sentir o actuar. Son éstas funciones propias del individuo que nunca pueden ser ejercidas por un sistema relacional, por muy alto que sea el consenso que alcancen sus mitos. De hecho, el concepto de identidad colectiva (familiar, asociativa o nacional) es en sí mismo, un mito que puede llegar a ser peligroso (Maalouf, 1998), como demuestra la historia de los nacionalismos políticos, pero que se desmonta con relativa facilidad: un sistema puede cambiar de mitología y seguir siendo él mismo.

Pero, aunque no piensen, sientan o actúen, las familias participan, al igual que los individuos, de los universos cognitivo, emocional y pragmático. Las mitologías familiares tienen un componente cognitivo, que son los valores y las creencias, un componente pragmático que son los rituales, y un

componente afectivo, que es el clima emocional en el que todo ello se produce. Mitos, pues, complejos, producto del consenso narrativo y relativamente exentos de carga identitaria. He aquí uno de los espacios familiares donde se engarzan los “selfs” individuales. El otro es la organización.

Si la mitología, como espacio de diálogo narrativo, representa la antigua área de interés del comunicacionalismo, la organización no oculta su condición de estirpe estructural. Las dos grandes raíces de la terapia familiar participan así en el anclaje conceptual del individuo en la familia.

La organización equivale a la evolución de las estructuras a través del tiempo y es lo más parecido a la identidad de un sistema relacional, aunque, por ser el resultado de una confluencia consensuante de individuos, resulta mucho más flexible y negociable que la identidad individual. En la organización tienen su lugar, dotados de una dimensión histórica, los conceptos estructurales clásicos, tales como cohesión y desligamiento, jerarquía y límites, distancia y proximidad, triangulación, etc.

Si el individuo está llamado a ocupar un lugar más reconocido en la teoría sistémica del futuro, parece evidente que se tendrán que recuperar también algunos conceptos de estirpe individual, últimamente caídos en desuso, como voluntad, deber y responsabilidad. La voluntad, que implica un movimiento de afirmación del sujeto, ha venido siendo suplantada por la motivación que, como señala Marina (2000), parece presentar a aquél como en constante supeditación a fuerzas y presiones externas. Los derechos reinan omnipresentes en los media ahogando a los deberes y, aunque éstos asoman en temas de gran relevancia social, como el maltrato, lo hacen, y Lipovetsky (1992) lo pone de manifiesto, aplicados sólo a los padres. ¡Como si los deberes de los niños de hoy no fueran los de los padres de mañana!. Responsabilidad, en fin, que permite superar la tensión, antaño encarnada por la polémica de Bateson y Haley, entre poder y circularidad. El poder

engendra control, condenado al fracaso si no se inscribe en una realidad relacional de complejidad superior. Podría, incluso, argumentarse que el control auténtico no existe, por lo que el poder es un concepto dormitivo. Pero la circularidad pura se disuelve en una quimera de igualitarismo. La responsabilidad es el tercer eslabón en la secuencia que empieza en el ejercicio de la voluntad y pasa por la aceptación del cumplimiento de los deberes.

Y hablar del individuo conducirá a una reflexión sobre las emociones, otra laguna histórica del modelo sistémico que deberá ser subsanada. Pesa sobre ellas el interdicto de Bateson (1973), que las despreciaba como concepto dormitivo, y han atravesado el período de apogeo post-moderno de la terapia familiar sin salir de su posición periférica, casi clandestina. Es cierto que el construccionismo social se ha ocupado de las emociones, pero más desde el campo de la psicología social (Harré, 1986) que desde la psicoterapia. El riesgo de un discurso sociologista sobre las emociones es que surja un nuevo matiz dormitivo (v.g., la alegría de los latinos o la irascibilidad de los árabes) que se añada a la biológica visión dormitiva que las convierte en una especie de ciega fuerza de la bioquímica cerebral.

En cambio, en tanto que fenómenos psico-relacionales, las emociones ocupan un espacio central en cualquier actividad psicoterapéutica.

Parece razonable considerar al amor como ocupando el núcleo central del universo relacional humano. Desde otras orientaciones en las ciencias humanas se ha atribuido esta posición a la agresividad, pero la antropología aporta datos que permiten considerar al amor como el elemento definitorio de la condición humana. Hace aproximadamente seis millones de años, nuestros antepasados homínidos habrían descubierto el placer del juego en grupo, a la vez que la sexualidad femenina se habría expandido fuera de los estrechos límites del celo. Habría así nacido el amor y, con él, una inmensa capacidad de generar nuevos estados de ánimo y de propiciar nuevas

actitudes reflexivas a partir de la experiencia. El lenguaje sería la consecuencia natural de unos cambios que Langaney et. al.,(1998) relacionan con “la más bella historia de la humanidad”: el desarrollo, durante el paleolítico, de una especie humana capaz de amar y de hablar.

El amor, que nos define como seres humanos, ocupa el núcleo central del universo emocional. Y no sólo eso. Que no olviden los defensores del lenguaje como último creador de realidades que el amor, asentado en el juego y en el sexo (y en el sexo como juego) es la base relacional sobre la que aquél se sustenta. Un amor complejo, desde luego, que, desde su núcleo emocional, incorpora importantes elementos cognitivos y pragmáticos y que, por tanto, más allá del sentir, permite percibir, pensar y comportarse amorosamente. Fenómenos como el reconocimiento y la valoración, la expresión de ternura y cariño, la sociabilización de los hijos o el sexo en las relaciones de pareja, forman parte del espectro amoroso.

Si el maltrato, en cualquiera de sus modalidades psicológicas y físicas, equivale al desamor, ambos constituyen el fundamento de la psicopatología: la interferencia del amor en toda su complejidad.

Y mientras se asiste a un progresivo reconocimiento de la relevancia de las emociones a nivel individual y familiar, es previsible que los terapeutas familiares confirmen la tendencia a recuperar las suyas propias del rincón de “neutralidad benévola” a las que relegó Freud. Hay mucho camino recorrido porque los sistémicos han usado la “inteligencia emocional” antes de que Goleman (1995) divulgara el término. Quizás el esfuerzo principal podría dirigirse a teorizarla, además de utilizarla, para que el discurso gane solidez en beneficio de las estrategias y técnicas terapéuticas.

PSICOPATOLOGÍA RELACIONAL

También es previsible que el futuro depare un renovado interés por las causas de los fenómenos psicopatológicos.

No es que ese interés haya dejado de existir alguna vez, pero el énfasis en la circularidad de lo relacional lo ha relegado a menudo a la clandestinidad. Y ello a pesar de que las causalidades lineal y circular no son competidoras sino complementarias, admitiendo la geometría relacional las más variadas combinaciones de ambas. La “pregunta mecánica” volverá a ser pronunciada por los sistémicos, sin que el nuevo sentido acordado a los “por qué” ensombrezca el que, seguramente, continuarán teniendo los “para qué”.

La consecuencia de todo ello bien podría ser que la preocupación por el diagnóstico aumentara entre los terapeutas familiares. No es sólo que enfrentarse al DSM-IV con las vagas nociones de “presenting problem”, disfuncionalidad y síntoma pone las cosas muy difíciles en el plano del diálogo entre modelos. Es que, además, las categorías diagnósticas con las que organiza su pensamiento la inmensa mayoría de profesionales de la salud mental merecen algo más que displicencia y menosprecio. Merecen el inmenso desafío de cuestionarlas activamente desde una perspectiva de complejidad. Merecen ser reducidas a la categoría de metáforas – guía (o, quizás mejor, elevadas a dicha condición) y despojadas de rigideces anacrónicas. Y merecen, sobre todo, una reinterpretación radical en clave relacional. Todo menos continuar incurriendo en una doble epistemología que, por una parte, deslegitima al diagnóstico mientras que, por otra, reconoce casi vergonzantemente su inevitabilidad.

Las viejas entidades nosológicas de la psiquiatría clásica han sido usadas tradicionalmente como etiquetas clasificatorias. Es decir, siguiendo con la terminología de Bateson, como conceptos dormitivos: el paciente se angustia porque es un neurótico o se agita porque es un psicótico. Esa es una vía de pensar, el pensar nosológico, justa y definitivamente desacreditada. Pero los sistemas psicopatológicos recogen otra tradición, la de la sabiduría

terapéutica que, navegando por entre ideologías de todo signo, se ha ido acumulando a lo largo de siglos de interacción con el sufrimiento humano.

¿Cómo no reconocer que las grandes categorías diagnósticas muestran concordancias con determinadas constelaciones relacionales?. Las psicosis, junto a sus siempre más exploradas bases biológicas, parecen vinculadas a fenómenos comunicacionales como la desconfirmación y la mistificación, vehiculizadas por situaciones organizacionales como la triangulación, que involucra a padres negadores de su confrontación simétrica, a hermanos prestigiosos y a miembros pseudo-parentales de la familia extensa. Y ello por poner sólo un ejemplo, porque la relación podría ser muy larga y, de hecho, el diagnóstico ocupa cada vez más la atención de los autores sistémicos. El campo para la investigación relacional de los trastornos psicopatológicos es inmenso.

Tampoco parece descabellado que el modelo sistémico continúe su expansión por territorios no clínicos, ajenos al implante tradicional de los servicios de salud mental. Los espacios psicopedagógicos y psicojurídicos, las organizaciones empresariales y de servicios, las empresas familiares... todos pueden beneficiarse del análisis y la intervención sistémicos en mayor medida que en la actualidad. Pero donde es más urgente que ello se produzca "antes de que sea demasiado tarde" es en los servicios sociales y de atención a la infancia, así como en los que intervienen en la violencia doméstica. Es de esperar que la presencia sistémica en esos espacios, ya considerable, aumente y se consolide, aportando una visión terapéutica compleja que neutralice las aproximaciones simplificadoras. No hay duda de que el control y la protección son necesarios frente al maltrato, pero si no se inscriben en un abordaje terapéutico que incorpore las múltiples dimensiones relacionales implicadas, el problema no cesará de agravarse.

TERAPIA FAMILIAR ULTRAMODERNA

Tras veinte años instalados en plena post-modernidad, los entusiasmos y las heroicidades epistemológicas iniciales se han convertido en un plácido conformismo. Todo anuncia, pues, que se aproxima un nuevo giro que convulsione el campo sistémico generando nuevas hazañas y propiciando nuevas adhesiones. Y digo giro, más que “cambio de paradigma”, porque me parece un encuadre más modesto, que no sólo no renuncia a la historia del pensamiento humano sino que se inscribe gustoso en ella.

Claro que no todos suscribirán el cambio. Como ocurre siempre que se abre paso una transformación más o menos profunda, algunos abrazan su causa mientras que otros se le resisten. La tradición sistémica, sin embargo, a diferencia de lo que ha ocurrido en otros modelos psicoterapéuticos, quiere que estos procesos se salden en buena armonía, sin que las diferentes sensibilidades devengan cismas.

Un estado de opinión renovador se está formando y nadie sabe aún bajo qué denominación se desarrollará, pero muchos de sus elementos definitorios están ya inspirando a numerosos terapeutas familiares a lo largo y ancho del mundo. Los cambios, en efecto, no se producen bruscamente en el campo del pensamiento humano, y no sería de extrañar que el que ahora se anuncia se tomara un largo tiempo de transición.

Desde esta perspectiva, incluso podría considerarse que el declive del postmodernismo ya empezó con el paso del constructivismo al construccionismo social: el feminismo, que tan acertadamente criticó como reaccionario a un constructivismo relativista, se ha sentido mucho más cómodo bajo el manto construccionista. Pero existen muchas sensibilidades dentro de éste, y algunas, las más radicales, mantienen un intenso espíritu postmoderno: nada tiene consistencia en el individuo, todo es pura construcción social. De nuevo, pues, la evanescencia desresponsabilizante.

Un filósofo, Marina (2000), describe el talante postmoderno como una utopía del ingenio dotada de “(...) un atractivo aire de ligereza, de juego, de falta de compromiso, de gusto por la incoherencia, que a todos nos parece refrigerante. Hay un sentimiento de provisionalidad, indeterminación y superficialidad agradable que facilita el rápido juego de encuentros y desencuentros” (Crónicas de la Ultramodernidad. Pg. 58).

En esa atmósfera desenfadada, donde el lenguaje proporciona el marco general de comprensión del mundo, el sujeto desaparece.

Marina propone la recuperación de un sujeto fuerte, celoso de su autonomía psicológica y social. Un sujeto preocupado por fines y proyectos. Propone también una teoría de la inteligencia, que no se limita a resolver problemas cognitivos, sino que afronta los que “... afectan a nuestra vida, implican esperanzas, miedos, amores, odios, toda la vasta flora del sentimiento humano” (op. Cit. pg.60). Y afirma:

“Frente al paradigma moderno de la inteligencia como razón y al paradigma postmoderno de la inteligencia como creatividad, los ultramodernos defendemos un paradigma ético de la inteligencia” (op. cit. pg. 61)

Y ahí está la palabra: ultramodernos. Desconocemos las razones del filósofo para proponerla, pero podemos imaginar un cierto afán provocador que no carece de interés.

Vaya por delante, pues, la propuesta de denominación de terapia familiar ultramoderna para lo que imaginamos como una superación integradora del postmodernismo.

La terapia familiar ultramoderna, tal y como la contemplamos desde este artículo, podría seguir siendo creativa sin estar tan obsesionada por la creatividad, no incurriría en el relativismo lingüístico sin restar importancia al lenguaje y reconocería más la relevancia de la dimensión emocional del ser humano. La inteligencia emocional, desde esta perspectiva, no sería sólo un

recurso para tener éxito en la vida, sino que estaría dotada de una dimensión ética: organizar una familia feliz sería, desde luego, una muestra de inteligencia muy superior a resolver ecuaciones diferenciales.

El sujeto ocuparía un espacio mayor, tanto en la reflexión teórica como en la intervención terapéutica, y, en consecuencia, también lo haría el diagnóstico, que, ampliando su dimensión relacional, incorporaría con comodidad las metáforas psicopatológicas tradicionales.

Por último, superando inclinaciones históricas, la terapia familiar ultramoderna dejaría de predicar la revolución del “new way of thinking”, asumiendo con modestia la necesidad de aumentar el entendimiento con los otros modelos terapéuticos.

Alguien podrá decir que nada de lo que se reivindica para el ultramodernismo es demasiado nuevo y, ciertamente, tendrá razón. Sólo se trata de matices, la mayoría de los cuales están ya presentes y operativos en el campo sistémico, que no hacen sino continuar la infinita espiral que es el flujo del pensamiento humano. Quizás ésa sea, en última instancia, la razón de ser del giro ultramoderno: una modesta reivindicación de matices.

BIBLIOGRAFÍA

- **Bandura, A.** (1977)
Self-efficacy: Toward a unifying theory of behavior change.
Psychological Review, 84. Pg. 191-215
- **Batenson, G.** (1973)
Mind / Environment
Social Change n.1 pg. 6-21 (In: "A Sacred Unit", 1991)
- **Beck, A.T.** (1967)
Depression: Causes and Treatment
Phyladelphia: University of Pennsylvania Press.
- **Dell, P.F.** (1982)
Beyond Homeostasis: Toward a Concept of Coherence
Family Porcess, vol.21, n.1, pag. 21-42
- **Foucault, M.** (1966)
Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines.
París: Gallimard.
- **Fukuyama, F.** (1992)
The End of History and the Last Man
New York: Free Press
- **Gergen, K.J.** (1991)
The saturated Self. Dilemas of Identity in Contemporary Life.
New York: Basic Books.
- **Habermas, J.** (1981)
Theorie des Kommunikativen Handelns
Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag
- **Kelly, G. A.** (1955)
The Psychology of Personal Constructs
New York: Norton.

- **Keeney, B. P. and Sprenkle, D. H. (1982)**
Ecosystemic Epistemology: Critical Implications for the Aesthetics and Pragmatics of Family Therapy.
Family Process, vol. 21, n.1, pag. 1-19
- **Lacan, J. (1953)**
Fonction et Champ de la parole et du langage en psychanalyse
(En: Écrits, 1996). París: Ed. Du Seuil.
- **Linares, J. L. (1996)**
Identidad y Narrativa
Barcelona: Ed. Paidós.
- **Lipovetsky, G. (1992)**
Le crépuscule du devoir. L'éthique indolore des nouveaux temps démocratiques
París: Gallimard
- **Maalouf, A. (1998)**
Les Identités Meurtrières
París: Ed. Grasset et Fasquelle.
- **Marina, J. A. (2000)**
Cronicas de la Ultramodernidad
Barcelona: Ed. Anagrama.
- **Marinoff, L. (1999)**
Plato, no Prozac!
(Ed. Española: Más Platón y menos Prozac. Barcelona :Ediciones B. 2000)
- **Maturana, H. (1996)**
Biología del Amor
Seminar at the Catalan Society of Family Therapy. Barcelona.

- **Russell, B.** (1946)
History of Western Philosophy
London: G. Allen and Unwin Ltd.
- **Selvini–Palazzoli, M.; Boscolo, L.; Cecchin, G.F.; Prata, G.** (1980)
Hypothesizing, Circularity, Neutrality: Three Guidelines for the Conduction of the Sesi3n.
Family Process, vol. 19, n.1. pg.
- **Tomm, K.** (1987)
Interventive Interviewing: Part II. Reflexive Questioning as a mean to Enable Self-healing.
Family Process. Vol.26 n.2. Pg. 167-183
- **White, M.** (1989)
Selected Papers
Adelaida: Dulwich Centre Publications.